

Frete libertario

Madrid, 9 de agosto de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 542

ESPAÑA, ANTE EUROPA

El sentido trágico de nuestra guerra

La historia de la decadencia española es, al mismo tiempo, la historia de los poderes extraños que nos tuvieron dominados. Hacia el año 1500, España estaba en el apogeo de su fuerza, y dos siglos después, en las Cortes europeas se hablaba, no sólo de arrebatarnos el imperio que habíamos conquistado y que en gran parte habíamos descubierto, sino también de repartir entre diversos reyes nuestro territorio peninsular. Bastaría este dato para juzgar el daño que nos hizo la dinastía de los Habsburgo, si no hubiera otros muchos que nos hacen ver cómo España, por entregarse a empresas que no cuadraban con su destino histórico, perdió la Marina de guerra y la Mercante, se vió en la imposibilidad de "poner una pica en Flandes, redujo a seis millones de habitantes su población, dejó que se cegaran casi todas sus fuentes de riqueza, se llenó de soldadesca, de arbitristas, de golillas, de pícaros y de frailes, y vino a quedar convertida en una gusanera donde todo el mundo hablaba de honor... cuando lo ponía en venta.

Dos siglos de dominación de la casa de Austria y de la Iglesia católica, de espada imperialista y de cruz alzada sobre hogueras, nos sumieron en la más espantosa ruina, y tan minado quedó nuestro poder natural, que desde entonces, aunque hemos dado numerosas pruebas de haber recuperado nuestra fuerza espiritual, no hemos conseguido ponernos a salvo de las veleidades de quienes, al vernos débiles, pretenden esclavizarnos.

Si Maximiliano de Austria engrandeció a su pueblo, su nieto, Carlos V, comprometió grandemente la suerte del nuestro, y, de modo semejante, si con Luis XIV alcanza Francia su más vivo esplendor, con Felipe V, su pariente, acelera España su decadencia. Si nefasta nos fué la casa de Austria, no nos resultó menos la de Borbón, y tantos desastres como las dos juntas nos ha ocasionado la Iglesia católica. Entreténganse los sabios y los ignorantes en examinar los efectos producidos en España por las influencias extranjeras que nuestro país ha padecido, y seguros estamos de que encontrarán en ellas las causas principales de nuestro secular abatimiento. No hemos tenido los españoles mayor desgracia que la de hacer, por las más diversas causas, una política europea, con olvido de lo que la Geografía y la Historia nos encomendaban por ser un pueblo mediterráneo.

Ahora bien; no se diga que tal error fundamental se debe a nuestro pueblo, porque éste, acaso por instinto, se alzó en armas contra el poder austriaco en la guerra de las Comunidades, contra el borbónico en la guerra de Sucesión, y luego, contra

un nuevo imperialismo, el napoleónico, en la Guerra de la Independencia, del siglo pasado. Luchas éstas en cada una de las cuales se encuentra un vivo sentido de la libertad, que no sólo determina al pueblo a luchar contra los invasores, sino que también le mueve moral, política y socialmente de tal modo, que le hace emprender labores de la más clara significación revolucionaria. Lo cual nos permite decir que en España toda guerra de independencia es una revolución, y en toda revolución hay una bandera de independencia.

Estamos realizando, desde hace muchos siglos, no empresas españolas, sino empresas europeas, y cuando España tiene que defender algo propio, cuando tiene que batirse en defensa de algo exclusivamente suyo, Europa la deja abandonada, o, lo que es peor, con más o menos disimulo, favorece la acción de sus enemigos. Una empresa de tipo europeo es la colonización de Marruecos; en ella hemos gastado torren-

tes de sangre y de dinero, dedicándonos a la tarea de sojuzgar a un pueblo, en vez de establecer con él la comunidad de intereses que nos ha señalado el destino; y cuando desde Marruecos llega a España la sublevación con que se prologó la terrible lucha que estamos viviendo, Europa vuelve la espalda y cierra sus ventanas para que no le entren en casa las chispas de nuestro incendio.

El Mediterráneo es nuestro, porque a los pies de España se tiende, manso y azul. Pero no lo hemos usado nunca, no hemos tomado verdadera posesión de él, y hoy pagamos el error de haber mirado a la montaña pirenaica, en vez de al mar de las gloriosas civilizaciones, derramando nuestra sangre entre el fuego de dos intereses imperialistas que se disputan lo que nosotros debimos hacer nuestro. Este es el sentido trágico, y sarcástico también, que tiene la presente guerra española en la Historia Universal.

A los lugares de trabajo se va a trabajar

Todo lo que no sea eso, equivale a ser == inconscientemente ==,

La gravedad de los momentos que atravesamos impone una tónica severa y austera en todas las manifestaciones de actividad del pueblo antifascista; tanto en las líneas avanzadas de nuestra lucha, como en los lugares de producción, en las fábricas y talleres de nuestra reiguardia, debe reinar en todo instante una clara visión de la responsabilidad que pesa sobre cada uno de nosotros; y a tenor de esa responsabilidad, deben adquirir todos nuestros actos un perfil que los haga dignos de nuestra lucha, lo que equivale a ser dignos de la libertad que estamos conquistando.

Desde el momento mismo en que se franquean las puertas de la fábrica o del taller, se deja de ser pariente o amigo, para ser únicamente un trabajador o una obrera que tiene que sujetarse en un todo a la disciplina del lugar de trabajo de que se trata, sin que ni amistad ni parentesco puedan eximirle de las elementales obligaciones de seriedad que se exigen a todos los demás trabajadores. Esto lo exige el fondo igualitario de nuestra lucha, que si bien confiere ciertos derechos, atribuye, también, sobre todo en los

momentos actuales, una multitud de deberes de los cuales nadie puede zafarse. Si en una fábrica de la España leal existe para todos los trabajadores la obligación ineludible y lógica de preocuparse exclusivamente de su trabajo, prescindiendo de todo lo que pudiera desviar la atención, esta obligación alcanza por igual al más modesto de los trabajadores que a la damita proletaria que cuando sea obrera trabajadora

A las fábricas se va a trabajar; y todo lo que desvíe la atención de nuestros trabajadores de la labor que se le ha encomendado, o que haga quebrar en su misma base la disciplina de trabajo, debe tener la consideración de delito, de sabotaje a la victoria del pueblo.

VISADO POR LA CENSURA



El "chantage" fascista al descubierto una vez más

Para nadie puede ser una sorpresa excesiva el rápido abandono por parte del Japón de su actitud intransigente y belicosa. Al Imperio del Sol Naciente le ocurre exactamente igual que a todos los países fascistas. Si el enemigo se acobarda, si vacila, si retrocede, se envalece y continúa su ruta de agresiones y violencias. Si el adversario mantiene una postura de firme serenidad, si a las armas contesta con las armas y a los cañones con los cañones, dan rápida marcha atrás y presentan toda clase de excusas diplomáticas. Esto ocurrió el 23 de mayo pasado en Checoslovaquia; esto se repite ahora en la frontera manchú.

El fascismo internacional es débil en relación con las potencias liberales. Carece de las materias primas indispensables para la guerra, está arruinado económicamente y ni siquiera cuenta con las reservas humanas que poder utilizar durante largo tiempo como despreciable carne de cañón. Pero el fascismo internacional ha encontrado una forma hábil de lograr cuanto desea, explotando el miedo a la guerra de los demás. Realiza un chantage incomprensible y gigante. Y, salvo rarísimas excepciones, las democracias pagan, estúpida y cobardemente, el precio puesto por Hitler, Mussolini o el Mikado a la frágil paz internacional.

Si llegasen a comprender un día que el fascismo, valiente con los pueblos que cree débiles, brutal con los países que juzga desarmados —Abisinia, Austria, China, España—, teme más a la guerra mundial que las mismas democracias; si advirtieran éstas que unidas Francia, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, el eje Berlín-Roma-Tokio no podría aguantar ni tres semanas de lucha, asegurándose la paz para muchos años; si se dieran cuenta de que los constantes retrocesos sólo sirven para que sus futuros y seguros adversarios conquisten las posiciones estratégicas o económicas que precisaban para darles la batalla con algunas posibilidades de éxito, la política mundial cambiaría radicalmente.

Pos desgracia, aunque la realidad está clara a los ojos del mundo, ni en Londres ni en París se acaban de comprender lo que sucede. En vez de actitudes enérgicas, palabras vacilantes; en lugar de medidas tajantes, humillaciones y halagos. El miedo agarrota a las democracias occidentales. ¡Ojalá puedan sobreponerse al terror antes de que sea demasiado tarde!

LA LECCION QUE PUEDE DAR RUSIA

El fascismo se prepara para la guerra, y para ello, finta y toma el pulso militar de sus futuros enemigos

Se insiste mucho, quizás demasiado, en toda la prensa antifascista de España, en las debilidades que se ponen de manifiesto en los regímenes fascistas cuando ante ellos se levanta la voluntad energética y decidida de otro pueblo, que resiste bravamente sus intentos de penetración más o menos violentos. Y la tónica de toda la prensa española se nos antoja un tanto demasiado optimista en relación con el enfoque genérico que hace del problema. Según ella aparece el fascismo como cobarde; nosotros creemos que no es tan cobarde como malvado, ni, por consiguiente, como calculador.

No más lejos de antes de ayer publicaba el también diario confederal "C.N.T.", con motivo de los incidentes ocurridos en la frontera soviético-manchú, un bonito artículo titulado "La lección que está dando Rusia. El fascismo es de hierro frente a los cobardes, y de cristal ante los valientes". Pues bien, en ese artículo se quiere demostrar que Rusia "ha dado ya una lección" al imperialismo nipón al contestar duramente a sus ataques fronterizos, y que, como consecuencia de esa firme actitud de la U. R. S. S., el Japón ha desistido de sus propósitos.

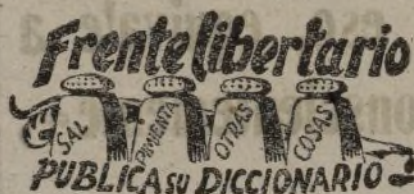
Ante todo, el fascismo, ¿quiere hoy la guerra mundial? La pregunta puede contestarse categóricamente con una negación rotunda. no; el fascismo no desea "todavía" la guerra mundial; estima convenientes, eso sí, guerras parciales, localizadas —España y China—, a las cuales considera preparatorias, escalones previos, para empresas de mayor envergadura. Pero la guerra mundial no la desea por la sencilla razón de que no está preparado para vencer en ella. Porque no quiso la guerra mundial retrocedió Alemania en Checoslovaquia, y porque no la quiere retrocede el Japón en Chang-Kug-Feng. Pero es que si ahora podemos afirmar categóricamente que el fascismo no puede vencer en una conflagración mundial, ¿se podrá afirmar igualmente cuando dentro de unos años hayan variado las condiciones que crean las alianzas y las anexionaciones que el fascismo está constantemente realizando?

De ahí que estimemos que es ahora, precisamente ahora, cuando Rusia debiera dar la batalla al imperialismo nipón. Pues si sólo se limita a defenderse, por muy enérgicamente que lo haga, sólo habrá conseguido alejar unos años el peligro. Y después de unos años, nadie lo dude, el peligro será mucho mayor.

Para convencerse de esto basta ver cómo el Japón va aumentando las tierras y los hombres sometidos a su política; fueron primero las islas del mar Amarillo; siguió Corea, y tras Corea, la China del Norte y el Mandchukuo. Ahora está traba-

da la contienda en China. Y así, paulatinamente, aumentan los recursos y la potencia militar del Japón, que, en su día, "se canalizarán en su totalidad contra la U. R. S. S.", porque la U. R. S. S. es, precisamente, el único gran enemigo del Japón.

No basta adoptar una mera actitud defensiva frente a las provocaciones fascistas; esa defensiva constante es, precisamente, la que ha dado lugar a que el fascismo, lanzado a un continuo ataque, haya aumentado en enorme medida sus posibilidades militares; esa defensiva constante es, precisamente, la que ha convertido al fascismo en un peligro cierto y grave que preocupa al mundo entero. En el más elemental de los combates, nadie se limita a mantenerse a la defensiva; cuando dos hombres luchan a puñetazos no hay nadie que se contente con parar o esquivar los golpes de su contrincante, sino que se procura también pegar. Sólo pegando, atacando, puede vencerse. Sólo tomando la ofensiva de una manera decidida es como puede aniquilarse al fascismo.



ESTACA. — Argumento de peso, para los tibios o mal intencionados.

ESTACADA. — Lugar apacible donde nos dejan en muchas ocasiones los "v...".

ESTACAZO. — Punto final de la paciencia.

ESTADISTA. — Si se llama "estudista" al que "hace" estuches, "oficinista" al que "trabaja" en oficina y "rentista" al "que vive" de sus rentas, "estadista", suponemos que quiere decir el que "hace" un Estado, el que "trabaja" en él.

ESTADO. — ¡Hummm!

ESTALLAR. — Soltar de una vez lo que la indignación nos ha ido almacenando dentro.

ESTANCO. — Baluarte de pensionistas y pensionadas.

ESTANDARTE. — Véase PENDON.

ESTANQUERA. — ... además el 3 por 100.

ESTAR. — Se puede "ser" sin "estar", y "estar" sin "ser". Ahora que hay muchas que ni "son", ni "están", debiendo ser y estar.

ESTATICA. — Ciencia egoísta de la comodidad.

ESTATUA. — Desesperación del movimiento.

ESTATURA. — Porción visible de la humanidad varia, según el pun-

to de vista y el lugar de emplazamiento del que mire y del que sea mirado.

ESTATUTO. — Decoración interior de tipo regional.

ESTE. — Cuando no es bueno, lo mismo da "éste" que "aquel".

ESTERA. — Prototipo de la resignación. Después de pisarla, hasta hay que "sacudirla".

ESTERIL. — Véase sacrificio.

ESTEVA. — Timón del arado.

ESTIERCOL. — Lugar de placer para "gallinas".

ESTILO. — Huella exterior del valor interno.

ESTIMACION. — La propia, es la imprescindible.

ESTIMULO. — Atención a la que se cree con derecho quien no tiene plena conciencia de su deber.

ESTIO. — Palabrita muy usada por los poetas cursis para denominar al verano. Más que por otra cosa porque hay más palabras que riman con "tío" que con "año".

ESTIRAR. — Lo que no debe hacerse mucho con la cuerda... por si acaso.

ESTIRARSE. — Subirse a las alturas de la soberbia.



Del libro de "Ben-Hamí".

"Si sabes que alguno de tus siervos es inmoral y tú no lo corriges, te harás cómplice de sus inmundidades."

"Se puede ser tonto, se puede ser torpe, se puede ser malo; lo que no se puede ser es tolerante con la tontería, la torpeza o la maldad."

"Los hechos verdaderamente útiles no necesitan ser adornados con el oropel de las apariencias."

El tiempo que se tarda en despojarlos de lo inútil hace perder utilidad al objeto útil."

"Por muy fuerte que te creas, no escandalices, ni alces la voz sin razón. Un débil niño, con razón, te hará callar."

"Si no quieres que tus actos públicos sean criticados, retírate a la vida privada. Un actor ha de sufrir, pacientemente, la crítica del auditorio."

"No digas nunca lo que no puedas hacer. Hazlo sin decirlo. Es mejor decir "hice" que "digo".

"Si tus fuerzas no te permiten escalar una montaña, no intentes subir, te despeñarías; pero si ves a otros que suben por sus fuerzas, ni protestes ni lo impidas. Su impotencia sería más triste."

"No olvides nunca que los antiguos egipcios encerraban sus muertos en lujosos ataúdes."

Pero la belleza de las envolturas no podían evitar que lo que encerraban fuera un cadáver."

Esto leímos hoy en el "Libro de Ben-Hamí".

¿Consumen la guerra todas nuestras energías y preocupaciones? No, aunque consuma las más preciadas. No las consume todas, porque no todos tienen que hacer la guerra, ni están en condiciones para poderla hacer. Nos referimos a la guerra propiamente dicha, a la materialidad de combatir, ya sea en los frentes con el fusil, o en la retaguardia al lado de una máquina. Hay una legión de inútiles, hay otra legión de viejos. Unos y otros tienen sano el corazón y lúcido el cerebro. Ocuparlos en problemas que vayan cimentando el futuro de España es pasar por la guerra construyendo la paz.

Porque así pensamos, estara bien que nos ocupemos de un problema trascendental: de la educación de la población infantil durante la guerra. Hay varias necesidades apremiantes, a saber: separar a los niños de los cuadros tenebrosos de la guerra, trágicos y crueles, que dejan huella indeleble en el espíritu tierno de la infancia, convirtiendo la sonrisa fresca en continentes que analizan; no dejar a los niños en la calle, desviando su formación y sus instintos; despertar en ellos, porque tampoco es necesario hacerles creer que la guerra no existe, sentimientos de justicia, de reparación y de amor.

Evoquemos algunos hechos vividos. Echaba bombas sobre las calles de Madrid la aviación brutal y sanguinaria del fascismo. Unos niños, aterrorizados, pálidos, corrían a guarecerse; otros, que perdieron su ingenuidad, miraban, desde el umbral de una puerta que mal les protegía, a los aviones, crispaban los puños y soltaban apóstrofes. Los que se asustaban, como los que adquirieron temple de hombres en alma de niños, tenían que analizar por su cuenta y sedimentaban odios. Si esos niños hubieran estado en el parque que interrumpir sus juegos para de una Escuela y hubieran tenido protegerse en los sótanos y allí, allí mismo, unos maestros que no tenían por qué velar la realidad, hubieran serenado su espíritu con reflexiones oportunas, cuántos niños hubieran archivado en su mente más verdades que odios!

Sepamos que los niños de hoy tendrán que ser los artífices de la obra ingente que no podremos realizar nosotros. Esa es nuestra gesta y nuestra gloria: luchar por dejar a los niños un Mundo mejor, ganado para la cultura, la justicia y la emancipación social. Morir para dejar a los que nos sigan densa y cultura. Sucumbir para legarles una vida digna, luminosa, con todos los caminos abiertos a la creación y a la belleza. Caer para que se levanten ellos y puedan exigir, en nombre de sus muertos, y en nombre también de las verdades que contemplaron sus ojos de niño, una fraternidad que reconozca como valor permanente el trabajo.

Eduquemos a los niños mientras truena el cañón. Alejados de sus padres, para que éstos no dejen de combatir o de producir. Entre las flores que nos consienta la metiella de los salvajes y entre árboles. Explicándoles cuanto encierra la naturaleza. Nutriéndolos al aire y al sol, porque necesitamos hombres fuertes y no seres tarados por nuestra imprevisión. Que podamos decir, cuando la guerra acabe: esos millones de muertos y de mutilados o eternos, serán vengados por esos niños fuertes, sanos, que prometen ser hombres y no eunuocos.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.